LA NOCHE DE REYES

Zarzuela en un acto, dividido en cuatro cuadros,
con música del maestro

JOSE SERRANO

Estrenada en el teatro de la Zarzuela, de
Madrid, en la noche del 15 de diciembre
de 1906

A JOSE MONCAYO

Querido Pepe: Dice la gente que eres un gran actor.

Yo ya lo sabía.

Di a tus compañeros, a aquellos que contigo han interpretado esta obra, que a todos os la dedico.

Aunque modesto, éste es el aplauso que yo puedo tributaros.

Tuyo,

CARLOS.

Diciembre, 1906

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Lucía	Srta. Pérez.
Tía Tana	Sra. Alba.
Crisanta	Srta. Arana.
Tía Celipa	Sra. García.
Rogelia	Srta. González.
Señá Cesaria	Sra. Camarena.
Mauricia	— Barchino.
Moza 1.ª	Srta. López.
Idem 2.ª	— Arrosamena.
Idem 3.ª	— Sanz.
Una Vieja	Sra. Martínez.
Andrés	Sr. Rufart.
Tío Sildo	— Moncayo.
Sabino	— González (V.)
Canijas	— González (A.)
Ciemporros	— Agulló.
Mateo	— Delgado.
Hilario	— Galerón.
Un Leñador	— Delgado.
Mozo 1.º	— Galerón.
Idem 2.º	— Vallejo.
Un Muchacho (que no habla)	— N. N.
Un Niño de cuatro años.	— N. N.

Mozos y Mozas.

La acción, en un pueblo de la sierra del Guadarrama. Epoca actual.

Derecha e izquierda, las del actor.

ACTO UNICO

CUADRO PRIMERO

Decoración: Extensa pradería al pie mismo de una sierra. Limitan por la izquierda el término de los prados altos peñascales, a los que bordean chopos y jaras. Varios senderos bajan por este lado en rampa hacia la escena. En los laterales derecha, segundo término, se alza, con su fachada dando frente al público, una pobre casucha de adobes, con una pequeña chimenea en el tejado, por la que a su tiempo sale humo del hogar encendido. La desvencijada puertecilla de esta casa es practicable. Al lado de la puerta se ve un banco formado por dos piedras toscas. Una tapia construída con pedruscos limita la parte posterior de la casa indicando un corralillo. En los laterales izquierda, y al abrigo de un gran peñascal, se ve un chozo de pastores. Es la tarde de un día brumoso de la otoñada. Al fondo, un arroyuelo baja entre las peñas.

ESCENA PRIMERA

Tío SILDO, CIEMPORROS, HILARIO y MATEO. Son pastores. Visten el traje que se usa para este oficio en la sierra castellana. Al levantarse el telón aparece el Tío SILDO, que es un viejecillo, sentado como los otros alrededor de una sartén, comiendo un rancho. Más lejos se verá un trípode que sostiene una cadena, de la que pende un gran perol, y debajo, unas brasas que todavía arden y humean, próximas a extinguirse. Suenan, a alguna distancia, los cen-

cerrillos de las ovejas de rebaños que pastorean próximos. De cuando en cuando se escuchan los ladridos de los perros de ganado. Una templada luz envuelve el cuadro en un tinte de dulce poesía.

CIEMPORROS.—*(Comiendo.)* ¡Me caso en Ciemporros!... ¡Qué humao salióle el guiso, tío Sildo!

TÍO SILDO.—*(Con voz cascada y tonillo cadencioso.)* ¡Come y calla, garzón, que too está güeno, lo que Dios nos dea!

MATEO.—¡A fuer de mí, que no vide zagal de más reniego pa comer!

HILARIO.—¡Y la cuenta es que se lleva medio rancho en ca dedá!

CIEMPORROS.—*(A Hilario y Mateo.)* Pero ¿qué mermuráis, ladinos?..., ¡si no he comío ni pa alentar! *(Con la boca muy llena.)*

TÍO SILDO.—*(Sonriendo.)* ¡No que no!

Tienes una boquita
como un anillo,
que te cabe una rosca
y un panecillo,

¡que ice la copla!

HILARIO Y MATEO.—*(Al mismo tiempo, riendo.)* ¡Ja, ja!...

HILARIO.—¡Güena es ésa! *(Se escucha el sonar insistente y próximo de un cencerrillo.)*

CIEMPORROS.—*(Levantándose con presteza y poniendo una piedra en la honda.)* ¡Aeeep! *(Va hacia el segundo término izquierda como espantando una cabra.)* ¡Horra!... ¡La cabra, la cabraaa!... *(Dispara la piedra.)* ¡Mala piel!... *(Vuelve a comer.)*

TÍO SILDO.—¿A cuála cabra tiraste?

CIEMPORROS.—¡A la horra, que está hartuña y me desmanda el rebaño!

HILARIO.—*(Dejando de comer y limpiándose los labios con el dorso de la mano.)* Y ahora, tío Sildo, venga una adivinanza pa remate.

MATEO.—U cuente usté una conseja de las que sabe.

CIEMPORROS.—¡Adivinanza, adivinanza, que la de trasantier gustóme!

TÍO SILDO.—¡Vaya por ello! A ver si dais con el conque de lo que senifica ésta:

Yo soy un güen mozo,
valiente y bizarro;
tengo doce mozas
para mi regalo;
toas van en coche
y gastan sus cuartos;
toas tienen medias,
pero no zapatos.
¿Qué será?

HILARIO.—*(Pensando.)* ¡Huy, qué defícil!

MATEO.—*(Pensando.)* No barrunto.

CIEMPORROS.—Yo no sé lo que será; pero si toas tien medias, no es cosa de este pueblo.

TÍO SILDO.—¡El reló y las horas, zagales!

HILARIO.—¡De cierto que sí!

MATEO.—¡Güena es!

CIEMPORROS.—Pos ahora voy a ponervos yo una. Andivina, andivinanza:

Tamaño como una cazuela.
tiene alas y no vuela.
¿Qué es?

TÍO SILDO.—¡El sombrero!

CIEMPORROS.—¡Me caso en Ciemporros! Este agüelo romancero too lo endivina y lo sabe.

TÍO SILDO.—¡Oy Dios! Pos si me hubiás conocío años alueñe, ¿qué dijérades? ¿No había en toa la sierra e Gredos garzón de tal pro pal improviso e coplas y romances. Yo sé cosas muchas, zagal, que maestros son los años. Yo sé las horas en la noche por el roar de las estrellas; vo sé qué vientos traen la nieve y qué nubes el agua de la otoñá; yo sé ande se coge la flor del poleón y la sanguinaria que quita el daño d'hartura, y en qué remansos nace el trébol de cuatr'hojas que da el beneficio. ¡Yo sé consejas y romances; historias de princesas en luengas tierras encantás, y coplas pa galanes con rimpuestas de mozas!... ¡Y aún, aún, bebo el vino sin tresnudar y me gusta el holgo-

rio! Y t'avía, t'avía cuando miro una zagalona polida me se encandilan los ojuelos, y me ricuerdo de aquella seguirilla que ice, ice...

Una vieja revieja
dijo al pan duro:
Si te pillara en sopas,
yo te aseguro...

(Riendo.) ¡Je, je!...

CIEMPORROS.—¡Está güeno, está güeno el agüelete!

HILARIO.—¡Arriscadillo está!

MATEO.—Vaya..., ¡a güena pro! *(A Hilario.)* ¡Hilario, ámonos pa el hato! *(Vanse foro izquierda Mateo e Hilario.)*

HILARIO.—Guas tardes.

TÍO SILDO.—Irvos con Dios, mochachos...

CIEMPORROS.—*(Se levanta.)* Y diga osté, tío Sildo: osté que lo sabe too, ¿qué copla podría yo cantale a la Crisanta pa que me quisiés más que a Canijas, que tamién l'anda rezogando?

TÍO SILDO.—*(Que al levantarse habrá cogido un mazo de esparto y un trozo de soga para seguir haciéndola durante el resto de la escena.)* Pos cántale una que yo sé y que a mí siempre m'ha proveído:

Por mi puerta pasaste
y estornudistes;
solo estaba yo entonces,
¿por qué no entristes?

CIEMPORROS.—¡Me caso en Ciemporros, qué bonita es! Me la tengo que deprender.

TÍO SILDO.—Oye, galán: ¿pero t'avía dura el enfurruño con Canijas?

CIEMPORROS.—¡Como que ayer, porque me vió hablando con la Crisanta, tiróme una piedra! ¡Gracias que me dió en la caeza no más, que si me da en el sombrero, ocho riales tiraos! ¡Pero de que yo coja a ese zagal, le esgualdramillo!... ¡Que misté el bolondro! *(Le enseña la cabeza.)*

ESCENA II

DICHOS y CANIJAS.

CANIJAS.—*(Asomándose con precaución por detrás de la casa de la derecha.)* Ciemporros.

TÍO SILDO.—¡Huy, Canijas!

CIEMPORROS.—*(Furioso.)* ¡Místelo! *(Disponiéndose a tirarle una piedra.)* ¡Maldita siá tu casta, ladrón!...

CANIJAS.—*(Volviendo a asomarse.)* ¡Tío Sildo, sujéteme osté a ese anemal, hombre!

CIEMPORROS.—Largo d'aquí u te doy un cantazo que te esbarato!

TÍO SILDO.—*(A Ciemporros.)* ¡Sosiégate, garzón!

CANIJAS.—¡Oye, estáte quieto, que es que vengo de bien a bien a decite una cosa que me s'ha ocurrío pal arreglo e lo de la Crisanta!

TÍO SILDO.—Amos a oílo. Avanza, zagal. *(Sale Canijas, temeroso.)*

CIEMPORROS.—*(Con ira.)* ¿Qué quies decime? ¡Presto!

CANIJAS.—Pues quería decite que la Crisanta es una...

CIEMPORROS.—*(Amenazándole.)* ¿Una qué?

CANIJAS.—Que la Crisanta es una... y nosotros semos dos. Y he pensao que lo primero que hay que hacer es decile que la queremos.

TÍO SILDO.—¡Ah! ¿Pero no se lo habéis dicho?

CIEMPORROS.—¡Toma, po si se lo hubiamos dicho no había cuestión!

CANIJAS.—Nos dió vergüenza. Por eso digo que debemos hablala a la par y que escogite de entrambos; que dice que yo, pues yo; que dice que tú, pues yo...

CIEMPORROS.—¡Maldita sia!... *(Amenazándole.)*

CANIJAS.—*(Huyendo.)* ¡Si no me dejas acabar!... Pues yo me voy.

TÍO SILDO.—Eso es ponese en razón.

CIEMPORROS.—Hecho. Pero me tiés que dar la ventaja del afeitao, porque como tú eres más rebajuelo, tiés mejor planta.

CANIJAS.—¿Y cuándo l'hablamos?

TÍO SILDO.—¡Callaise! ¡Ni a conjuro! *(Mirando hacia la izquierda.)*

LOS DOS.—¿Qué es?

TÍO SILDO.—¡Ella que viene! ¡La Crisanta!

CIEMPORROS.—¡Oy mi Dios! *(Yendo a mirar.)* ¡Es verdá!

CANIJA.—¡Ella es!

CIEMPORROS.—*(A Canijas.)* Oye, escomienza a hablarle tú, que eres más palabrero...

CANIJAS.—No; yo, no; que así de que la veo me imociono... y me da un ronquido...

CIEMPORROS.—Pos ámonos y en otro rato... *(Quieren irse.)*

TÍO SILDO.—*(Deteniéndolos.)* ¡No; agora, agora, y asina seré yo juez de la querella.

CIEMPORROS.—*(Mirando.)* ¡Ya estay! *(Se arregla la ropa.)*

CANIJAS.—¡Místela, qué divina!... ¡Arrrj! *(Le falta aire para respirar.)* ¡Ya me dió! ¡Qué devina es!

CIEMPORROS.—¡Misté qué cara e capullo trempano!

CANIJAS.—Más bonita..., ¡arrrj!..., ¡no se pinta!

TÍO SILDO.—¡Callaise! ¡Serenedá!

ESCENA III

DICHOS y CRISANTA. Viene por la rampa de la izquierda con dos cántaras de leche. Es una zagalona recia y fea como un diantre. De anchas cejas, chata, boca grande, mirar hosco y ceñudo y con andares patizambos o desgarbados.

CIEMPORROS.—*(Al verla venir.)* ¡Qué andares tiene!

CANIJAS.—*(Encantado.)* ¡Qué mirar tan dulce!

TÍO SILDO.—¡Señores, cómo cega el amor! Pa ésta se hizo la copla:

Ven a veme po las noches
cuando la luna se va,
que caras como la tuya
pierden con la claredá.

(Baja Crisanta. Los dos se colocan a ambos lados de la moza, emocionadísimos, sin poder hablar. Ella los mira alternativamente, con extrañeza.)

CIEMPORROS.—*(Sin poder romper.)* Gua... gua...

CANIJAS.—Cri..., ¡arrrj! Cri... Cri...

CIEMPORROS.—Guas tardes.

CANIJAS.—*(Cariñosamente.)* Crisanta...

CRISANTA.—*(Lanzando un gruñido de enojo y desprecio.)* ¡U, u, u, u!

CIEMPORROS.—¡Tié una voz más dulce que el pío e la golundrina!

CANIJAS.—Cri... Cri... Crisanta... Ese y yo estamos pa..., ¡arrrj!, pa desollanos.

CRISANTA.—¿Y a mí qué? *(Con estúpido desprecio.)*

CIEMPORROS.—Que tu... tu querer es el causante. Güel..., güélvete pa ese. Güélvete pa mí y dinos cuálo t'hace más el avío, ¿Cuá..., ¡arrrj!, cuálo?

CRISANTA.—*(Gruñendo y queriendo ir hacia la casa.)* ¡Amos, amos, amos!

CIEMPORROS.—*(Conteniéndola.)* Aguanta unas miajas... ¿Es ése y soy yo el de tu prifiriencia?

CANIJAS.—¡Contesta!

CRISANTA.—Vaya, vaya, vaya... ¡Dejaime en paz!

CIEMPORROS.—¿Pero contestas u no?

CRISANTA.—¡No me da la gana! *(Con rabia.)*

CIEMPORROS.—*(Amenazándola.)* ¡Hombre, la daba así! ¿Estás viendo?... ¡Vete con galanterías a una zinahoria!

CANIJAS.—¡Pero oye, lucero, no sean anemal!

CRISANTA.—¡Que juera alante u vos corro a cantazos, vaya, que no quieo dolores de caeza!

LOS DOS.—*(Poniéndose delante.)* ¡Pos ties que elegir!

CRISANTA.—*(Deja las cántaras y cogiendo luego una piedra.)* ¿Sí? ¡Malhaya sia!... Pues veréis elección. *(Los amenaza.)*

CIEMPORROS.—*(Huyendo por rampa izquierda.)* ¡Corre, que tira! ¡Que tira!

CANIJAS.—¡Mi madre, qué piedra! *(Huye también por el mismo sitio.)*

CRISANTA.—*(Tirándoles la piedra.)* ¡Toma elección!... ¡Pintureros! ¡Granujas!

TÍO SILDO.—¡Pero, muchacha!

CRISANTA.—*(Furiosa.)* ¡A mí con gaitas! ¡Ta güeno! ¡Dita siá! *(Amenazadora, se dirige a abrir la puerta de su casa.)*

TÍO SILDO.—¡Pos esto paice otra cosa; pero ha sío quearse con los dos!

CRISANTA.—¡Pos estamos güenas de desgustos y quebrantos pa estas niñerías!

TÍO SILDO.—¿Pos qué vos pasa, mujer?

CRISANTA.—¿Que qué mos pasa? ¡Dita siá! Ahí llega mi tía Tana que se lo contará a usté too, que quié que usté, como presona e saber, l'aconseje.

TÍO SILDO.—¡Algo de Andresillo, de seguro!

CRISANTA.—¡De mi primo, sí, señor!... ¡Ese mozo! ¡Dita siá!

ESCENA IV

DICHOS y TÍA TANA.

TÍA TANA.—*(Sale por la derecha.)* Mete la burra en el corral, Crisanta.

CRISANTA.—Va. Déme usté la cesta. *(La coge.)*

TÍA TANA.—Y haz lumbre.

CRISANTA.—Ta bien. *(Mutis por detrás de la casa, y a poco vuelve y entra en ella.)*

TÍO SILDO.—¿Y d'ande güeno se viene, Tana?

TÍA TANA.—D'ahí, de Villarejo, de vendé dos pollos. Y mi alegro e verte, que tenía que hablate.

TÍO SILDO.—Ya me lo dijo la Crisanta. ¿Y qué es ello?

TÍA TANA.—*(Con tristeza.)* ¡Penas y quebrantos, Sildo!... ¿Qué quiés que sean?

TÍO SILDO.—¿A la cuenta de Andresillo?

TÍA TANA.—Andresillo, que anda escarriao, que no es quien era pa su madre. En mí se miraba, bien lo sabes; pos hoy ni caso me hace. Y ni valen palabras ni consejos, ni vale cosa denguna en atajándole su gusto. ¡Un mal querer me lo ha puesto así! ¡Bendita sia de Dios la que me roba su cariño!...

TÍO SILDO.—¿De moo y manera que sus amoríos con la Lucía...?

TÍA TANA.—Van en creciente. Y él, que era retozón como un corderuelo, hoy es huraño y callao. Ni come, ni sosiega, ni tié aliento pal trebajo. Siempre tras la Lucía aguniao y celoso. Y una que tié mundo y sabe lo que los años enseñan, me temo que mi Andrés anda en pasos de desgracia, Sildo.

TÍO SILDO.—¡Mujer, si la moza le quiere!...

TÍA TANA.—¡Qué le ha de querer! ¡Pos ése es mi duelo! La Lucía no quiere a mi Andrés porque está enamorá de Sabino el pañero años hace, ya lo sabes.

TÍO SILDO.—¡Pero aquello acabóse!

TÍA TANA.—En apariencia na más. Ella y Sabino son dos genios muy parecíos, puntillosos y duros. El, dende el último regaño, la hace penar de desvío cortejando a otras mozas, y ella, por no ser menos, atrapó a mi Andrés, y con falsas promesas me lo engaña, haciendo del corazón de esa creatura cimbel del otro cariño, que es el que a ella le atormenta.

TÍO SILDO.—¡Dios, qué maldad! Pos si asina es, no va descaminao tu sobresalto, que a un querer torcío nunca le vide güen remate.

TÍA TANA.—Y menos con una creatura tan extremosa como mi hijo, que ya le conoces: cuando aborrece, es a muerte; cuando quiere, es ceguera. Siempre adoró en la Lucía; callóse mientras vió-la con otro. De que la pensó libre fuése a ella, como la abeja al romero, y puso en su querer el alma toda. La hora del desengaño barrunto que

ha de ser negra pa todos. Por eso te hablo, Sildo.

TÍO SILDO.—¿Y qué quiés de mí?

TÍA TANA.—Pos que cojas a mi Andrés antes y con antes, y con tu experiencia y saber le hagas los cargos. Dile que no ciegue, dile que es engañao, dile que apague su sez en fuente más clara.

TÍO SILDO.—Así he de hacerlo; pero ya sabes, Tana: ciego pintan al amor, sordo le pintaría yo así mesmo, que nunca le vide escuchar más voces que las suyas. Milagro será si Andrés me atiende. ¿Y aónde está el mozo?

TÍA TANA.—No sé. Lo que hizo hoy me sobresalta.

TÍO SILDO—¿Qué hizo?

TÍA TANA.—Pos antes de clarear esta mañana, levantóse de puntillas, salió sin decir palabra y no ha güelto entoavía. ¡Nunca hizo tal!

TÍO SILDO.—¡Demontre e mochachos!

TÍA TANA.—¡Calla, sí!... *(Yendo a mirar al foro izquierda.)* Sí, es mi Andrés; él viene...

TÍO SILDO.—Pos descuida, que agora le hablo...

TÍA TANA.—No..., no es ocasión... Que no viene solo.

TÍO SILDO.—Entonces aluego.

TÍA TANA.—Sí..., tan y mientras vamos al ordeño, y a la güelta será.

TÍO SILDO.—Vamos...

TÍA TANA.—*(Acercándose a la casa.)* Crisanta, trae las cántaras.

CRISANTA.—Aquí están. *(Sale con tres cántaras.)*

TÍA TANA.—Amos po aquí... *(A Tío Sildo.)* Luego..., luego.

TÍO SILDO.—¡Demontre e mochachos! ¡Demontre e mochachos! *(Estas últimas palabras las dice haciendo el mutis los tres por la primera izquierda.)*

ESCENA V

ANDRÉS, CIEMPORROS y CANIJAS. Salen por la rampa de la izquierda; primero, CIEMPORROS; luego, CANIJAS, y detrás, ANDRÉS, que viene envuelto en su manta y trae escondido, debajo de ella, algo que oculta muy cuidadosamente. Los tres salen con andar quedo y hablando en voz baja.

CANIJAS.—*(En voz baja.)* ¿Pero ande metiste, domóngano, que no te se vió en too el día?

ANDRÉS.—En Pradollano.

CIEMPORROS.—*(Que bajó el primero, va hacia la casa y dice al fin.)* Naidie. Bajar. *(Bajan Andrés y Canijas.)*

CANIJAS.—Oye, ¿y a qué te fuiste tan lejos?

ANDRÉS.—¿Que a qué fuí? ¡Pues fuí por ella, Canijas, fuí por ella!

CANIJAS.—¿Por cuála?

ANDRÉS.—¡Y ya la traigo! *(Radiante de alegría.)*

CIEMPORROS.—¿Pero qué traes? *(Con creciente sorpresa.)*

ANDRÉS.—¡Anhelos, agunías, suores m'ha costao! ¡Pero aquí está..., aquí!... ¡Pa mi Lucía; para ella!... ¡Más reluciente que el mesmo sol!... ¡Con una moña verde y encarná que priva! *(Sacando de debajo de la manta con aire triunfal una guitarra nueva.)* ¡Miraila!

CIEMPORROS.—*(Asombrado.)* ¡Me caso en Ciemporros!

CANIJAS.—¡La guitarra!

ANDRÉS.—¡Mi guitarra! ¡La que ella quería que me comprase!

CANIJAS.—¡Dios, qué remaja!... ¡A ver! *(Hace vibrar una cuerda.)*

ANDRÉS.—*(Apagando el sonido.)* ¡Chis! ¡Que me la destemplas!

CANIJAS.—¡Suena como un órgano!

ANDRÉS.—¡Mejor!

CIEMPORROS.—¡De que te la vea el barbero, rompe la suya!

ANDRÉS.—*(Mirando su guitarra.)* ¡Ya está aquí! ¡Ya logréla! ¡Parecióme que nunca llegaría, pero too lo alcanza un querer firme! ¿Y lo veis ahora? ¿Veis por qué vosotros ibais de ronda y yo quieto en casa? ¿Veis por qué holgabais y yo trebaja que trebaja? ¿Veis por qué sus ibais al copeo los sábados a la noche y yo agua pura? ¡Pos era pa esto! *(Enarbolando la guitarra.)* Céntimo a céntimo, perrilla a perrilla...; sin fumar ni beber, guarda que guarda, cuatro durejos ajunté..., ¡que cuestan suores! ¡Pero aquí está! Porque ella me lo dijo hace tiempo: «Cómprate una guitarra, Andrés.» ¡Era su gusto, y su gusto ha sío mi afán! ¿Y la ves bien, Ciemporros? ¿La ves, Canijas? Pos esta guitarra es como mi querer, ¡sólo pa la Lucía! ¡Antes que sonar pa otra, a peazos hais de vela!

CIEMPORROS.—*(Admirado.)* ¡Cómo quiés a esa moza, repeine!

ANDRÉS.—¡Oy Dios, si la quiero!... ¡No es pa decilo! ¡Y cuántas noches, cuántas, arrebuñao en la cama, escuché con envidia el guitarreo lejano de las rondas y las coplas que echabais a las mozas; pero yo quieto allí diciendo: ¡ya vendrá la mía!, y tan y mientras, cavilando, cavilando coplas para ella.

CANIJAS.—*(Admirado.)* ¿Tú?

ANDRÉS.—¡Yo!... ¡Pa debajo e su ventana! ¡Pa cuando tuviese mi guitarra!... ¡Y se las hice de mi flor, no creas! Que si quiés mucho, mucho a una mujer y estás solo, y es la noche y piensas en ella, la soledá es compañía, la noche es pura luz y los pensamientos te salen como canciones, ¡toos se puén cantar!

CIEMPORROS.—¡Anda éste!

ANDRÉS.—¡Vais a velo! ¡Ascuchar qué copla le hice! ¡D'aquí salieron! *(Señalando el corazón.)*

Música.

ANDRÉS.—*(Fingiendo que rasguea en su guitarra.)*

La noche que yo vea
brillar la luna clara
y cante mis quereres
al pie de tu ventana,
será pa mí esa noche
la noche del amor;
y nunca, nunca, serrana mía,
he de olvidarla yo.

CIEMPORROS.

¡Mu bonita!

ANDRÉS.

¡Más lo es ella!

CIEMPORROS.

Y tú la cantas mu bien.

ANDRÉS.

¡Es que canto, y al cantarla
me acuerdo de su querer!

CIEMPORROS.

A ver la otra.

ANDRÉS.

Vais a oíla.
Veréis qué bien me salió.
Tié más fuego y más terneza
y más brío y más calor.

CIEMPORROS.

Cállate, no grites tanto,
no se vayan a enterar.

ANDRÉS.

Ties razón.
Pues oíd la otra copla
que voy a cantar.
(Volviendo a rasguear en su guitarra.)
Tu cuerpo huele a flores,
tu voz a arroyo suena,
a flores de los valles
y a arroyo de la sierra.
Si nubes te ocultaran
del sol alguna vez,
el sol, que es bueno, las rompería
para volverte a ver.

Hablado.

CANIJAS.—¡Repeine, qué majas son!

ANDRÉS.—¿T'han gustao?

CANIJAS.—¡Una sinfinidá! Porque yo también las hago, pero me salen más de risa...

ANDRÉS.—¿Tú?

CANIJAS.—Miá la que le hice la semana antipasá a la mujer del sacristán, y le gustó mucho:

Si tu esposo y el mío
van a Ontanares
y compran cuatro bueyes,
vuelven tres pares.

ANDRÉS.—*(Riendo.)* ¡No sías animal, hombre!

CANIJAS.—¡No, delicás no son; pero son de chufla!

ANDRÉS.—Pos esta noche hay que estrená la guitarra.

CANIJAS.—¡Y remojala!

CIEMPORROS.—¿Y la Lucía no sabe que l'has comprao?

ANDRÉS.—No he querío decíselo pa sosprendela... ¡Esta noche la oirá!

CIEMPORROS.—¡Así mesmo! *(Pensativo.)* Y yo digo una cosa, Andresillo. *(Titubea y se rasca la cabeza como quien no sabe por dónde seguir.)* Aunque sea mal dicha. ¿Y estos amoríos con la Lucía

no te trairán un quebranto con Sabino el pañero?... Lo digo al tanto de lo que se murmura pol pueblo; ya lo sabes..., que hicen que ella, toavía con el otro... En fin, y que tú...

CANIJAS.—Eso es verdá.

ANDRÉS.—¡Amos, hombre, no m'hables de eso, que me hacéis de reír! ¡Envidias! ¿Si ella no me quiere, a qué decímelo? ¿Le puse un puñal al pecho?... ¡Pos entonces... ni Sabino ni el mundo entero me la quitan! Ella alentó mi corazón..., ¡ella! ¡Y vió que es grande, mu grande! No lo iba a alentar pa estrozalo después..., porque si así fuese... *(Va enronqueciendo y temblando su voz.)*, ya sus digo, sus digo, ¡que cosas tan grandes como este querer que yo le tengo, cuando se vienen al suelo hacen mucho estrago! *(Haciendo una rápida transición.)* ¡Pero no hablemos de eso, hombre..., que me quitáis la alegría y me!...

CIEMPORROS.—Es que las hay de mu falsarias, no creas.

CANIJAS.—¿Que si las hay? ¡Ahí tiés a la hija e la tía Garrona, que me dijo que fuese a rondala, que me daría el sí... y me dió con una olla en metá e la caeza!

ANDRÉS.—¡Pero ella no, Canijas; ella no es de esas! ¡Esa cara morena como el trigo retostao y esos ojos grandones, no engañan, no! *(Ciemporros y Canijas, a hurtadillas de Andrés, hacen un gesto de duda.)*

ESCENA VI

DICHOS y LUCÍA.

Música.

LUCÍA.—*(Cantando dentro y lejos.)*

Parece mi serrana,
cuando va aprisa,
pajarita de nieve,
que anda y no pisa.

ANDRÉS.—*(Hablando sobre la música. Con alegría.)* ¡Mira! ¡Oyela!

CIEMPORROS.—*(Yendo a mirar hacia la derecha.)* ¡Ella es! Y hacia aquí viene.

ANDRÉS.—Vendrá del molino. Voy a escondé la guitarra. *(La cubre con la manta y la deja sobre el banco de piedra que hay al lado de la casa.)*

CANIJAS.—Güeno, pues nosotros sus dejamos que habléis a gozo. El que se va, no estorba.

ANDRÉS.—Y ya sabéis: así que se haga noche, en la taerna del Chano.

CIEMPORROS.—De que encerremos el ganao allí nos tienes.

CANIJAS.—No tardes.

ANDRÉS.—¡Quia, hombre! *(Se marchan Ciemporros y Canijas por la rampa de la izquierda.)*

CIEMPORROS.—*(Dentro y dando voces como para poner en movimiento el rebaño.)* ¡Yala! ¡Oep!... ¡La cabra! ¡Riá, chota!... *(Suenan los trallazos de las hondas. Vuelve a oírse un cencerreo lento de rebaño que camina. Empieza a declinar la tarde. Suenan lejos las campanas de una ermita. La chimenea de la casa vierte su columna de humo en el aire apacible de un atardecer tranquilo de la sierra. Sale Lucía, que ha venido por el foro derecha. Trae un pequeño saco de harina, que deja sobre una peña al lado del chozo.)*

ANDRÉS.—¡Mi Lucía! *(Corre hacia ella, mirándola embelesado.)*

LUCÍA.—*(Sonriendo.)*

¡Qué tonto, Andrés!
Quien te mirara, se pensaría
que por lo menos hace tres años
que no me ves.

ANDRÉS.

¡Sol de mi día!

LUCÍA.

¿Pero qué dices?
¡Si ya anochece!

ANDRÉS.

¡No es noche, no!
Siempre, alma mía, que vuelvo a verte,
¡pa mí que sale de nuevo el sol!

LUCÍA.

¡Jesús, las cosas que se te ocurren!

ANDRÉS.

¡Sí, muchas cosas,
y las que callo porque mis labios
nunca supieron decirlas bien!
¡Si yo decir pudiera
las cosas que aquí siento,
te gustarían
como manojo e flores
y te sabrían
como panal de miel!
(Suenan las campanas lejos.)
¿Qué escuchas?

LUCÍA.

Las campanas.

ANDRÉS.

Déjalas.

LUCÍA.

¡Qué tristes sones dan!

ANDRÉS.

¡El día que te llame mía,
qué alegres y contentas sonarán!
(Se escuchan ya lejos las esquilas del rebaño.)

LUCÍA.

¡Qué lejos el rebaño va ya!

ANDRÉS.

Déjalo too, mi gloria,
y piensa en mí no más.

LUCÍA.

El son de las esquilas
tristeza da.

ANDRÉS.

¿Me quieres?

LUCÍA.

Oye, escucha...
Casi no se oyen ya.
¡Para quererse, qué hora tan dulce!
¡Todo en la sierra habla de amor y paz!

ANDRÉS.—*(Que ha ido acercándose a ella, amorosamente le coge las manos.)*

¿Verdá, Lucía?

LUCÍA.

Verdá.

ANDRÉS.

¿Me quieres?

LUCÍA.

¡Sí!

Hablado.

ANDRÉS.—*(En tono apasionado.)* ¿Me quieres mucho?

LUCÍA.—Mucho.

ANDRÉS.—¿Más que quisiste a nadie?

LUCÍA.—¡Claro que más!

ANDRÉS.—*(Con temor y emoción.)* ¿Más que quisiste a Sabino?

LUCÍA.—*(Muy contrariada.)* Mira, no hablemos de eso. Siempre estás con las mismas, Andrés, y no me gusta. A ése no sé cómo le quise. Lo pasao, pasao; déjalo. *(Transición. Con alegría.)* Y dime tú: ¿aónde t'has metío que no te se vió dende ayer?

ANDRÉS.—¿Que ande me he metío?... ¿Quieres que te lo diga?

LUCÍA.—¡Claro que sí!

ANDRÉS.—Pues que he ido a Pradollano..., que tenía un asuntillo. ¡Por tu culpa ha sido!

LUCÍA.—*(Con asombro.)* ¿Por mi culpa?

ANDRÉS.—Sí. *(Aparte.)* Yo no me resisto. *(Alto.)* No quería decírtelo, pero en fin. *(Aparte.)* ¡Cómo se va a alegrar! *(Alto.)* Pues he ido... ¡He ido a comprarme lo que tú querías!

LUCÍA.—*(Sorprendida.)* ¿Lo que yo quería?

ANDRÉS.—¡Sí! ¡Y ahí la tienes! *(Señalando el sitio donde está la guitarra.)*

LUCÍA.—¿Ahí?... ¿Pero de qué me estás hablando?

ANDRÉS.—*(Sonriendo.)* ¿Que de qué te estoy hablando?... ¿Qué me dijiste tú una tarde, hace cuatro meses, que me comprase? ¡Recuerda!

LUCÍA.—¿Yo?... ¿Que te comprases?... Nada.

ANDRÉS.—*(Sorprendido, dolorosamente.)* ¿Cómo nada?... ¿Pero es de veras que te s'ha olvidao?

LUCÍA.—¡Hombre, hazme memoria!... Así al pronto...

ANDRÉS.—*(Con desaliento.)* ¡Anda! ¡Y yo que creí que te acordabas y que te ibas a alegrar!

LUCÍA.—¿Pero qué es?... ¿Qué te dije? ¿De qué tarde hablas?

ANDRÉS.—*(Con tristeza.)* ¿De qué tarde?... Pos de una en que fuimos juntos a los lagares. Volvimos a casa al trasponer el sol, y pa alentar una miaja nos rezagamos en el puente de Tornelos; tú te sentaste en un rodrigón y yo me tumbé en la junquera, orilla tuya. Te di dos florecillas mimbrales, amarillas como el oro, te las pusiste en el pelo y te relucían en él como estrellas en el negror de la noche. A mí no me s'ha olvidao na. Pos allí fué; hablando al hablar, como tú hablas, me dijiste: «¿Por qué no te compras una guitarra, Andrés? No tiés mala voz, y en una ronda harías lo tuyo.» No se habló más. Dende aquella tarde tenía yo el anhelo clavao en el corazón..., ¡y ya lo alcancé! Quise darte una alegría

y no te la di, porque tú no te acordabas. ¡Y ya ves cómo semos algunos: de lo que vosotras olvidáis es de lo que vivimos!

LUCÍA.—*(Pretendiendo animar a Andrés con su vivacidad.)* ¡Amos, hombre, no seas tonto! Sí..., sí... Si ya me acuerdo, ya... ¡A ver!..., ¡a ver la guitarra!

ANDRÉS.—*(Dándosela.)* ¡Mírala!

LUCÍA.—¡Huy, qué preciosa! ¡Qué rebonita! ¡Y ya sé qué tarde dices!... Fué al día siguiente del que regañé con Sabino. ¿No?

ANDRÉS.—¡Ese mesmo!

LUCÍA.—¿Ves?... Y aquella tarde me cogiste una rosa que me se cayó del pecho, ¿verdá?

ANDRÉS.—*(Saca de la faja una rosa seca envuelta en un papelillo.)* Esta.

LUCÍA.—*(Riendo.)* ¡Anda! ¿Aún? ¿Pero, hombre, por qué guardas eso?

ANDRÉS.—*(Sonriendo tristemente.)* ¡Que no me gusta tirar na!

LUCÍA.—Trae. *(Coge la rosa y la tira lejos.)*

ANDRÉS.—*(Asombrado.)* ¡Oye!

LUCÍA.—Déjala. Ven esta noche, me echas una copla, estrenas la guitarra y te tiraré una rosa que ha abierto hoy mismo; ¿hace? *(Aparece por el foro derecha Sabino el pañero. Trae del diestro un caballejo cargado con piezas de diversas telas. Se para y escucha.)*

ANDRÉS.—¡Lucía! ¡Bendita seas! ¡Allí iré!... ¡A tu ventana!

LUCÍA.—¡A estrenar la guitarra!

ANDRÉS.—A estrenar esta guitarra que sólo ha de cantar tu hermosura y mi querer... ¡Sobre ella te lo juro!

ESCENA VII

DICHOS y SABINO.

SABINO.—*(Adelanta con sonrisa burlona.)* Güenas tardes.

LUCÍA.—*(Con sorpresa y terror.)* ¡El!

ANDRÉS.—*(Con contrariedad y sorpresa.)* ¡El pañero!

SABINO.—*(Sonriendo.)* ¿Se estorba?

ANDRÉS.—Nunca.

SABINO.—¿Me haces el favor de un trago de vino, Andrés?

ANDRÉS.—Siempre.

SABINO.—Por lo que sea.

ANDRÉS.—Por na.

SABINO.—Vengo de lejos y traigo sed.

ANDRÉS.—Aguarda. *(Entra en la casa.)*

SABINO.—*(Acercándose cautelosamente a Lucía y en voz baja.)* Sus he estao oyendo.

LUCÍA.—*(Con ira.)* Aparta o le llamo.

SABINO.—Lucía, créeme; acabemos de una. Ni yo sin ti, ni tú sin mí. No peleemos más. Que no vaya ese hombre esta noche al pie de tu ventana. Será mejor pa los tres.

LUCÍA.—*(Secamente.)* Irá.

SABINO.—Bueno; pues óyelo: si va, la primera copla de esa guitarra la voy a cantar yo. *(Señalando la guitarra que ha quedado sobre el banco de piedra.)*

LUCÍA.—¡Mentira!

SABINO.—*(Jurando.)* ¡Por estas cruces! Silencio.

ANDRÉS.—*(Saliendo con un jarro.)* Ahí va el vino.

SABINO.—Gracias. *(Lo bebe.)* ¿Se debe algo?

ANDRÉS.—Una buena voluntá; na más.

SABINO.—Quedar con Dios, galanes. *(Vase foro izquierda.)*

ANDRÉS.—Ve con El. *(Reparando en Lucía, que*

queda cabizbaja y con semblante de pesadumbre.) Lucía... Lucía, ¿qué tienes?... ¡Te quedaste amarilla! ¿Te dijo algo ese hombre?... ¡Dime!

LUCÍA.—¡No, nada!

ANDRÉS.—¡Dímelo!

LUCÍA.—Nada; de veras. ¡Y aunque me hubiese dicho! *(Con pasión.)* ¿Tú me quieres, Andrés?

ANDRÉS.—¡Mucho!

LUCÍA.—¿Mucho?

ANDRÉS.—¡No sé cuánto! Más no podría. ¿Pero por qué me preguntas eso ahora?

LUCÍA.—¿Irás esta noche?

ANDRÉS.—¿Y cómo no?

LUCÍA.—¿Al pie de mi ventana?

ANDRÉS.—¡Allí mesmo!

LUCÍA.—Pues te aguardaré... Me marcho ya, que se hace tarde.

ANDRÉS.—¿Te acompaño?

LUCÍA.—No hace falta. Voy por el atajo en un vuelo. Hasta luego. *(Coge el saco.)* Tendré cortá la rosa.

ANDRÉS.—¡No he de tardar por ella! *(Lucía vase por la rampa izquierda, volviéndose a mirar a Andrés.)*

LUCÍA.—*(Lejos, antes de desaparecer.)* ¡Adiós!

ANDRÉS.—¡Adiós! *(Sube a lo alto de la rampa a verla marchar.)*

ESCENA VIII

ANDRÉS, TÍA TANA, TÍO SILDO y CRISANTA salen por primer término derecha. Esta última, con dos cántaros de leche.

TÍA TANA.—*(Asomándose y viendo a Andrés que no advierte su presencia, le dice a Tío Sildo.)* Miálo, ahí está.

CRISANTA.—¡Dita siá!

TÍO SILDO.—Güena ocasión es.

TÍA TANA.—¡Hazle bien las reflexiones, Sildo, por la Virgen!

TÍO SILDO.—Déjamelo a mí. Voy a hablarle.

CRISANTA.—¡Duro, duro!

TÍO SILDO.—Silençio. *(Alto, a Andrés, que se vuelve sorprendido.)* ¡Hola, Andresillo!

ANDRÉS.—¡Hola! *(Baja de la rampa.)* Güenas tardes, madre.

TÍA TANA.—*(Con amargura.)* ¡Pero, hijo, too el santo día sin paecer! ¿Te paece bien?

ANDRÉS.—*(Sonriendo.)* Quehaceres.

CRISANTA.—*(Con rabia.)* ¡Y con una guitarra! ¡La compró al remate! ¡Si no me valiera se la rompía!

TÍO SILDO.—Pos hombre, mi alegro e verte, que tenemos d'hablar los dos...

ANDRÉS.—¿Hablar?... ¿Ahora?

TÍO SILDO.—Ahora; y al tanto de cosas que son mu graves, Andrés, ¡pero mu graves!

ANDRÉS.—¿Pues usté dirá? *(Como hablando consigo mismo.)* ¿Le habrá dicho ese hombre algo contra mí?

TÍO SILDO.—Tú ya sabes lo que te estimo, y sabes así mesmo que a la juventú un consejo a güen hora no le está malo.

ANDRÉS.—Sí, señor, sí. *(Aparte.)* Deben ser las siete y media.

TÍO SILDO.—Que tú no eres quien eras pa tu madre ni pa ningún, cosa es sabida.

ANDRÉS.—*(Aparte.)* Ya estarán ésos aguardando.

TÍO SILDO.—¡Y ya sabemos lo que es un querer, señor!

ANDRÉS.—Güeno, pues hasta otro rato, que tengo una meaja e prisa. *(Va a coger la manta y la guitarra.)*

TÍO SILDO.—*(Asombrado al ver la poca atención del mozo.)* ¡Oye, tú, que estaba diciendo que ya sabemos lo que es un querer!

ANDRÉS.—Ya lo he oído, ya. Con que temprano vuelvo. Con Dios, madre. *(Vase de prisa rampa izquierda.)*

TÍO SILDO.—*(Con ironía, dirigiéndose a Tío Ta-*

na.) ¿Que ya sabemos lo que es un querer?... ¡Pues no lo sabemos!

TÍA TANA.—*(Con amargura.)* ¡Pero, hijo!

TÍO SILDO.—Pues no lo sabemos, Tana; porque un querer es eso, ¡irse aonde le lleve a uno el corazón a güena u a mala parte! Y con los consejos, ¡migas! ¡Ahí lo tienes!

TÍA TANA.—*(Sentándose con desaliento en el banquillo de piedra de la puerta de su casa.)* ¡Probe hijo!

CRISANTA.—*(Con rabia.)* ¡Dita siá!

TÍO SILDO.—*(Con amargura.)* ¡Ahí lo tienes, Tana; ahí lo tienes! *(Telón de cuadro.)*

MUTACIÓN

CUADRO SEGUNDO

Al levantarse el telón de cuadro, después de un corto preludio, aparece una plaza pequeña, de estructura irregular, de un pueblo castellano de la sierra. Las casas son bajas y de pobre aspecto. En el primer término izquierda se ve la de Lucía, cuya puerta es practicable. Sobre la puerta habrá una pequeña ventana con dos o tres tiestos de flores. Es de noche. La luz de la luna ilumina poéticamente la parte de la plaza en que se alza esta vivienda, dejando en una misteriosa penumbra las rinconadas y las estrechas callejuelas que dan paso a la escena.

ESCENA PRIMERA

SABINO y ROGELIA. Al levantarse el telón aparecen SABINO y ROGELIA (una moza del pueblo que lleva un cántaro de agua apoyado en la cadera) hablando.

SABINO.—*(Suplicante.)* Anda, Rogelia. No seas niña..., llégate.

ROGELIA.—Que te digo que no, Sabino.

SABINO.—Mujer, hazme ese favor; llégate ahí *(Señalando la casa.)*, en ca la Lucía, y dila que salga un momento. Quieo hablarle dos palabras na más.

ROGELIA.—Que no voy. No quio mezclarme en estos asuntos.

SABINO.—¿Pues no estaba aquí contigo cuando yo vine?

ROGELIA.—Aquí estaba, y de que te vió allegar metióse corriendo en su casa.

SABINO.—¡Esa moza busca una perdición y la va a lograr! Y ¿qué te decía?

ROGELIA.—¡Na, tontunas! Que no quié na contigo.

SABINO—¡Mentira!

ROGELIA.—Que esta noche viene Andrés a estrenar su guitarra...

SABINO.—¡Peor pa él si viene!

ROGELIA.—¡Y qué sé yo cuántas cosas más! Después de too tié razón. ¡Tú te lo has ganao..., que bien la has hecho sufrir con otras mozas!...

SABINO.—¡Bueno, pues por eso! ¡Ahora quiero que se acabe too!

ROGELIA.—¡Sí... a güen hora, de que la ves a ella en otros amoríos! ¡Así seis los hombres!

SABINO.—Güeno, ¿la llamas u no?

ROGELIA.—Que no, te he dicho.

SABINO.—Bien. Pos mira: le dices una cosa de mi parte. Le dices que venía a güenas, a acabalo too de bien a bien; y que ya que no pué ser lo acabaré guapamente. ¡No se ríe denguna moza de Sabino el pañero! Y le añides, que la guitarra de Andrés va a tener mal estreno. Tengo a mi gente prepará. Esos galanes van a hacer mala ronda..., ¡por mi salú! Ahora tú, que eres amiga suya, si quieres lo callas; si no, se lo aviertes. Tú verás. A tu concencia. Yo, más que decir no tengo. Guas noches, Rogelia *(Vase por la última calle de la izquierda.)*

ESCENA II

ROGELIA y LUCÍA.

LUCÍA.—*(Al marcharse Sabino sale recatadamente de su casa hasta asomarse con precaución a la esquina por donde el mozo ha desaparecido, dando a entender con su actitud que ha oído cuanto éste ha dicho. Con cara de feroz satisfacción.)* ¡Así!

ROGELIA.—¿Lo oíste?

LUCÍA.—¡Todo! *(Volviéndose hacia el sitio por donde se fué Sabino.)* ¡Así!... ¡Sufre! Sufre, como yo he sufrido. Porque créeme, Rogelia, ese ir y venir y esa altanería y esas amenazas..., ¡son celos..., celos, como los que a mí me hizo pasar desgarrándome el alma!

ROGELIA.—¡Te advierto que ese hombre me da miedo, Lucía!

LUCÍA.—¿Miedo?... ¡No hagas caso! ¡Cuando me paseó las mozas por la puerta e casa y yo me remordía de pena, entonces a reírse de mí! Pero allega esta noche, y porque soy yo la que espero a uno, bravatas y amenazas, ¿eh? No le hagas caso, Rogelia, déjalo..., ¡déjalo que sufra!

ROGELIA.—¡Pero oye, Lucía, por Dios..., que a ti también te ciegan los rencores! Entre tú y Sabino, güeno está todo; pero piensa que por vengar tus celos comprometes a otro hombre que no es causante de na.

LUCÍA.—No le comprometo... Yo, hoy estoy libre.

ROGELIA.—Sí, pero no quieres a Andrés.

LUCÍA.—Porque no puedo querer a ninguno.

ROGELIA.—¡Porque quiés a Sabino entoavía!... ¡Confiésalo!

LUCÍA.—*(Con amargura.)* ¡Pues si no le hubiá querido!... ¡Pues si él hubiese sido pa mí, como yo pa él, sumisa y esclava, no hubiá hecho lo

que hice, que sé que hice mal!... ¡Engañar a otro! ¡Pero me cegó la ira y no vi na..., na, más que vengarme, Rogelia, vengarme de ese hombre!

ROGELIA.—Pues por eso te lo digo... ¡Tú estás alocá, Lucía, pero eres buena; y créeme, aún estás a tiempo; evita que esta noche sea una noche de duelo pa todos! *(Se oye muy lejano el rasgueo de las guitarras de una ronda.)*

LUCÍA.—*(Imponiendo silencio a Rogelia.)* ¡Calla! ¿Oyes? ¿Oyes?

ROGELIA.—¡Las guitarras!

LUCÍA.—¡Ellos vienen!

ROGELIA.—Pos mira, güena ocasión; aguardas aquí..., llamas a Andrés aparte y le dices la verdá...: que no le quieres, que fué una ceguera..., y que te perdone..., y que se vaya...

LUCÍA.—No... Eso, no; ¡no tengo valor!

ROGELIA.—Créeme, Lucía... *(Se oyen las guitarras más cerca.)*

LUCÍA.—¡No..., no me atrevo!... ¡Decirle eso ahora, cuando viene lleno de alegría con sus amigos a estrenar su guitarra!... ¡No, no puedo..., no puedo!

ROGELIA.—¡Pronto, decídete..., están cerca!...

LUCÍA.—Lo que hice fué una infamia... ¡Lo comprendo!... ¡Pero ahora no, no tengo valor! *(Entra en su casa.)*

ROGELIA.—¡Ay, ojalá no te pese! *(Vase por el foro izquierda. Se escucha lejos todavía la voz de un mozo que canta.)*

Música.

Mozo.

Esta noche mi guitarra
va a sonar en este barrio.
El que se meta con ella
lleva palos pa un sombrajo.

(Cesa un momento el guitarreo.)

ESCENA III

SABINO, MOZOS 1.º y 2.º y seis o siete más. Los MOZOS 1.º y 2.º llevan guitarras; los otros, mantas y estacas, y alguno, una bota de vino. Salen por el foro izquierda, cautelosamente.

SABINO.—*(Saliendo delante de los suyos.)* Ya llegan. ¡Salir con cuidiao!

MOZO 1.º—*(Que se asoma a la esquina de la derecha.)* ¡Ya están ahí!

MOZO 2.º—Les vide entrar con Andrés en la taerna del Chano.

SABINO.—¿Cuántos van?

MOZO 2.º—Cuatro u cinco.

SABINO.—Mejor. Y ya sabéis lo que sus he dicho.

MOZO 1.º—No tengas cuidiao; en cuanto que mandes, les cae la nube *(Blandiendo la estaca.)*

SABINO.—Vosotros, primero me dejáis a mí con Andrés, que ya veremos... Y ahora, a escondenos aquí... a la sombra de esta calleja... y silencio. *(Se ocultan todos en la calleja primera derecha.)*

ESCENA IV

ANDRÉS, CIEMPORROS, CANIJAS y dos MOZOS. Antes de aparecer vuelven a oírse el guitarro y una copla que viene cantando un MOZO.

MOZO.

Por la calle abajo viene
una guitarra de plata,
y la prima va diciendo:
Una morena me mata.

ANDRÉS.—*(Al salir, imponiéndoles silencio a todos.)* ¡Chis! Callaise..., callaise toos..., que ya estamos. *(Salen.)*

CIEMPORROS.—¡Me caso en Ciemporros! ¡Ja, ja!... *(Riendo.)* ¡Anda, éste... pos no está tiemblando!

TODOS.—*(Riendo.)* ¡Ja, ja!...

ANDRÉS.—¡Hombres, es que... *(Emocionado.)* Es que... soñé muchas noches en ésta que había de allegar, y ahora que allega y que estoy ya bajo e su ventana..., amos que... que me se seca la garganta!...

CIEMPORROS.—¡Los niervos!

CANIJAS.—*(Ofreciendo una bota.)* ¡Pos echa traguejo!

CIEMPORROS.—¿Quies que de primeras le cante una copleja pa animate?

ANDRÉS.—¡Amos, calla!

CIEMPORROS.—Pos hala, hombre, duro tú..., ¡ánemo!

CANIJAS.—¡Venga d'ahí, no tengas miedo!

ANDRÉS.—*(Preparándose.)* Güeno, allá va..., veremos cómo sale... *(Se acerca seguido de los otros hasta colocarse debajo de la ventana de la casa de Lucía)*

LOS OTROS.—¡Duro!

Música.

ANDRÉS.—*(Cantando.)*

El día que yo vea
brillar la luna clara
y cante...

ESCENA V

DICHOS, SABINO, MOZOS 1.º y 2.º y los demás.

Hablado.

SABINO.—*(Interrumpiendo la copla de Andrés.)* Guas noches, galanes.

ANDRÉS.—*(Sorprendido. Dejando de cantar.)* ¡Sabino!

CIEMPORROS.—¡Anda, morena, el pañero!

CANIJAS.—¡El pañerito!

SABINO.—*(A los suyos.)* Salid, muchachos, que son amigos. *(Salen los de Sabino.)*

ANDRÉS.—Amigos semos. ¿Y a qué se viene por acá?

LOS QUE SALEN.—Guas noches.

ANDRÉS.—¿Y por qué se le da el alto a mi ronda, si pue saberse?

MOZO 1.º—*(A Andrés.)* Primero se contesta al saludo, tú.

ANDRÉS.—¡Dios te guarde, hombre!

CIEMPORROS.—¡Picajosa viene la noche!

CANIJAS.—¡Me paice, me paice!... *(Requiriendo la estaca.)*

SABINO.—Pos na, que nos han dicho que estrenabas guitarra.

ANDRÉS.—Sí, la estreno. ¿Y qué?

SABINO.—Pos que eso hay que remojalo ahora.

ANDRÉS.—No me aparto de la costumbre, pero ahora no. Aluego esperáis en la taerna y se festeja.

SABINO.—Oye. *(Fijándose en la guitarra.)* Y paece güena pieza...

ANDRÉS.—En otras manos, quizá.

SABINO.—*(Acercándose.)* ¿Se pue ver? *(Andrés duda.)*

CIEMPORROS.—*(Aparte.)* No se la dejes.

SABINO.—No tengas miedo... *(Se ríe.)*

ANDRÉS.—*(Con altanería y avanzando hacia Sabino.)* ¿Miedo, de qué?

SABINO.—Es pa verla na más. ¡Palabra de hombre!

ANDRÉS.—Si es pa vela na más..., toma *(Le da la guitarra.)*

SABINO.—*(Mirándola.)* ¡Maja la llevas! *(La rasguea.)*

MOZOS.—¡A ver! ¡A ver! *(Al acercarse a mirar la guitarra lo hacen en forma tal, que interponiéndose entre Andrés y Sabino los distancian, quedan-*

do el primero a la derecha y pasando el segundo a la izquierda con el propósito aparente de enseñar la guitarra a sus amigos.)

SABINO.—Suena, suena... Voy a probala. *(Se dispone a tocarla.)*

ANDRÉS.—*(Con viveza.)* Oye, tú, Sabino, eso no. Trae acá.

SABINO.—*(Riendo.)* ¡Quita, tonto! Una copleja na más. Se la echamos a la Lucía, que cae cerca.

LOS DE SABINO.—¡Eso! ¡Eso! *(Se ponen por medio, impidiendo a Andrés y a los suyos llegar hasta Sabino, que se acerca bajo la ventana de Lucía, y con voz fuerte y vibrante canta mientras los otros luchan.)*

ANDRÉS.—*(Forcejeando por llegar hasta Sabino.)* ¡Mi guitarra! ¡Trae mi guitarra, Sabino! ¡Soltarme!

SABINO.—*(Cantando.)*

Un mozo viene a rondarte,
del mozo y de ti me río...

ANDRÉS.—¡Ladrón! ¡Trae mi guitarra! ¡Apartarse! *(Luchando por desasirse de los que le sujetan.)*

CIEMPORROS.—¡No te lo icía!

SABINO.—*(Cantando.)*

... que el mozo y tú valéis menos
que la tierra que yo piso.

ANDRÉS.—*(Frenético.)* ¡Ladrón!... ¡Traicionero!... ¡Maldita sea tu vida!

SABINO.—*(Con rabia.)* ¡Y óyelo, güen mozo! ¡Ni pa mí sirve tu brío ni pa esa mujer tu guitarra, porque mírala. *(La rompe, golpeándola contra el suelo.)* ¡A peazos!

ANDRÉS.—*(Desprendiéndose, en un tremendo esfuerzo, de los que le sujetan.)* ¡Mi guitarra! ¡Te parto el corazón!... ¡Defiéndete! *(Se abalanza a él y luchan. Intentan separarlos. Se forma un grupo en que todos pelean con confusión terrible y gritos feroces.)*

CIEMPORROS.—*(Hecho una fiera y repartiendo estacazos.)* ¡Gallinas! ¡Cobardes! ¡Leña en ellos! *(Ruedan algunos por el suelo a los golpes de Ciem-*

porros, y luchando va el grupo hacia el foro. Al llegar allí, se detienen y retroceden algunos con espanto.)

SABINO.—*(Lanzando un grito agudísimo de dolor.)* ¡Ay!... ¡Me han herido!... *(Andrés y los suyos huyen por el foro derecha.)*

LOS DE SABINO.—¡Asesino! ¡Matarlo! *(Corren tras ellos.)*

MOZO 1.º—*(Sosteniendo a Sabino y con desesperación, al verse solo con el herido.)* ¡Socorro!

VOCES.—*(Ya lejos.)* ¡Cogerlo! ¡Matarlo! ¡Asesino!

MOZO 1.º—*(A Sabino, que, apoyado contra la pared y con las manos en el pecho, se esfuerza por sostenerse.)* ¡Sabino! ¡Sabino!...

SABINO.—*(Desfalleciendo.)* ¡Socorrerme!, ¡pronto!... ¡Llévame..., llévame!...

VOCES.—*(Más lejanas.)* ¡A ése! ¡Al asesino! ¡Cogerlo!

SABINO.—¡Ay, no!... ¡No puedo más! Llévame, ¡me muero! *(Queda Sabino apoyado contra la pared, sujeto por el Mozo 1.º, que lo sostiene. En el suelo, ante ellos, la guitarra rota, una bota de vino, una manta y dos o tres estacas rotas. Cae rápidamente el telón.)*

MUTACIÓN

CUADRO TERCERO

Telón corto de campo. A la parte izquierda del telón se ve entera la fachada de un molino harinero de los movidos por el agua. La puerta del molino, practicable. Es la caída de la tarde.

ESCENA PRIMERA

Tío Sildo, Ciemporros, Tía Celipa, Señá Cesaria, Mauricia, Mozas 1.ª, 2.ª y 3.ª; luego, Crisanta. El Tío Sildo, envuelto en su capa astrosa y remendada, de paño pardo, y teniendo entre sus manos su vieja cayada de pastor, está sentado en un peñasco a la derecha, rodeado de las Mozas 1.ª, 2.ª y 3.ª, que, sentadas en el suelo, escuchan embobadas la conseja que el viejo les cuenta en voz baja. La Tía Celipa y Ciemporros acaban de arreglar los sacos con que han cargado una borriquilla delante de la puerta del molino. Se escucha el sordo ruido del molino en movimiento.

Ciemporros.—*(A la Tía Celipa.)* ¡Ya tié usté los tres sacos!

Tía Celipa.—*(Atando la carga.)* ¡Guarda, que amarre!

Ciemporros.—No se quejará usté de la molienda, tía Celipa.

Tía Celipa.—¡T'uste day! ¡Si cogimos una miseria hogaño!

Ciemporros.—¡Pos es la quinta carga!

Tía Celipa.—¡Fues al menos candial!... ¡Pero too centeno, ya lo viste! *(Queda amarrando la carga. Salen Mauricia y Señá Cesaria. La primera viene cargada con un saco.)*

Señá Cesaria.—¡Guas tardes, Ciemporros!

Ciemporros.—Tardías allegáis vosotras... ¡Miá éstas a qué hora!

Mauricia.—Amos, hombre; después que vene-

mos dende tan lejos... *(Deja el saco en el suelo.)*

SEÑÁ CESARIA.—¡Anda, regañón! ¡Muélenos esta miaja!

CIEMPORROS.—¡Que no, que voy a pará el rodezno!

MAURICIA.—¡Anda, hombre, que son unos granejos en junto!

CIEMPORROS.—¡Por vida e!... *(Gritando.)* ¡Crisanta! ¡Crisanta!

CRISANTA.—*(Saliendo llena de harina. Con tono desabrido y huraño.)* ¿Qué quies, hombre? *(Vase la Tía Celipa con la burra.)*

CIEMPORROS.—¡No pares, que trae este poco la señá Cesaria!

CRISANTA.—¡Amos, amos, amos!... ¡Podíais habé venío antes!

SEÑÁ CESARIA.—¡No sea hurona, mujer!

CIEMPORROS.—Pasar, que yo sus lo moleré... Ande...

CRISANTA.—¡Te cais de güenazo! *(Entran en el molino Mauricio, Ciemporros, Cesaria y Crisanta.)*

MOZA 1.ª—*(Al Tío Sildo.)* ¡Pero qué remajo es el cuento!

MOZA 2.ª—¿Y se casó el príncipe con la zagala?

TÍO SILDO.—¡Se casó! ¡Ya sus dije endenantes que era tonto e remate!

MOZA 3.ª—¿Y qué hizo el pastor desdeñao?

TÍO SILDO.—Pos el zagal fuése oteando con el rebaño la tarde mesma e la boda, paróse al pie de un cañar, y cortando una caña verde, hizo con su navaja un silbo del cañuto más fino y compuso una trova sacá de su caeza, pa ila a cantar toas las noches al pie del castillo llorando desdenes... Yo la sé... Mi agüela me la enseñó y con el silbo la canto.

MOZAS.—¡Pos ande, ande!

MOZA 1.ª—¡Cántela usté!

TÍO SILDO.—Voy a cantala. ¡La trova del pastor! ¡A ver si me ricuerdo! *(Saca un silbo de caña del morral.)*

Música.

Las avecillas
de la montaña
dicen cantando cerca
de mi cabaña:
No llores, pastor,
si te abandonó la ingrata
despreciando tu dolor,
tendrá en el castillo
cintillos de perlas
y ajorcas de plata,
pero no tendrá tu amor.
No llores, pastor,
que se fué como una esclava
a servir a su señor.
Y olvidada ahora
entre plata y oro,
ella gime y llora
y morirá de dolor.
¡Pobre castellana,
que cuando se muera
lejos del pastor,
en la tierra que la guarde
no tendrá ninguna flor!

MOZAS.

¡En la tierra que la guarde
no tendrá ninguna flor!

Hablado.

MOZAS.—¡Mu bonita! ¡Mu bonita!

TÍO SILDO.—¡Pos si os plació, no olvidéis lo que anseña, que es güen donaire firmeza de amor, zagalas! *(Ciemporros sale del molino con Mauricia y Señá Cesaria.)*

CIEMPORROS.—¡Estáis servidas!

SEÑÁ CESARIA.—¡Dios te lo pague, hombre!

CIEMPORROS.—¡Y caminar de prisa, que va a caer nieve!

TÍO SILDO.—Eso barrunta el recalmo del aire.

MOZA 1.ª.—¿Vais al pueblo, Mauricia?

MAURICIA.—¡Allá vamos!

CRISANTA.—*(Que sale también.)* Yo voy con ellas hasta ca Cerilo, por una meaja de aceite.

CIEMPORROS.—Güeno. No tardes.

MOZA 1.ª—¡Pos vamos juntas toas! *(Cogen las Mozas dos sacos que habrá a la puerta del molino.)*

SEÑÁ CESARIA.—Guas tardes, Ciemporros y la compaña.

CIEMPORROS.—¡Ir con Dios! *(Mutis todos por la derecha.)*

TÍO SILDO.—¡Adiós, palomas!

ESCENA II

TÍO SILDO y CIEMPORROS.

CIEMPORROS.—*(A Tío Sildo.)* Pero ¿qué hace usté tan acobijao, tío Sildo?

TÍO SILDO.—Pos na, asperando, asperando como too lo que se seca... que el cierzo me lleve.

CIEMPORROS.—¡Amos, agüelo, no siá usté tristón! ¿Qué hizo usté de aquel arrisco y d'aquel remozo?

TÍO SILDO.—¡Ya lo ves..., perdelo! Too se acaba, zagal

CIEMPORROS.—Pa mí, que a usté lo acabaron las penas más que el tiempo.

TÍO SILDO.—¡No escarrías, no!

CIEMPORROS.—¡Pa mí que dende la esgracia del probe Andrés, que no es usté el mesmo, tío Sildo!

TÍO SILDO.—¡La esgracia de Andrés!... Negros días fueron aquéllos, garzón!

CIEMPORROS.—¿Se recuerda usté?

TÍO SILDO.—Como si fues ahora mesmo. Mira, han pasao seis años, y toavía tengo aquí drento, con su mesma luz, la tarde aquella en que los

ceviles se llevaron a Andresillo, carretera alante, amarrao como un Cristo.

CIEMPORROS.—¡Tonto fué el perderse por tal moza!

TÍO SILDO.—¡Tonto, no; desgraciao!..., que no es lo mesmo.

CIEMPORROS.—¡Tonto; porque aluego, ya lo vió usté y lo vimos tóos. Andrés, a la cárcel. Sentenciaron la vista causa y seis años de presirio. Y ellos, pos el pañero no pudo la muerte con él y sanó al remate, y la Lucía, con el pío de meterse en su casa a curalo, pos, lo que tenía que pasar: hicieron las paces y al año ya estaban casaos!

TÍO SILDO.—¡Malhaya la traidora! Pero ese fué su castigo. Que el marío la tié medio abandoná, y sobre su concencia pesa la muerte e la pobre Tana... y el que un hombre de bien se vea por sus falsías arrastrando caenas...

CIEMPORROS.—Y yo, ¿sabe usté cuálos son mis temores, tío Sildo?

TÍO SILDO.—¿Cuálos?

CIEMPORROS.—El día, que ya está cerca, en que Andrés salga del presirio y güelva al pueblo a vengarse, como nos juró en una carta.

TÍO SILDO.—¡Déjalo!... que josticia pura haría el mozo; que ación más negra que la que le juaron, no hay naide que la cuente, zagal. Burlao, escarnecío, hiciéronle perder joventú, cariños, libertá, y aluego, sobre los peazos de aquel corazón destrozao, de aquel corazón güeno como la gracia del cielo... ¡a querese y a besase! ¡Por vida e mis años, que viejo y cristiano soy y tremo e coraje, pensando que si yo fues el mozo, a mis manos finara sin perdón ni misericordia quien tal me hiciés!

CIEMPORROS.—¡Como tenela, sí que tié usté razón!... Pero Andresillo tuvo gran culpa en no creerme, que ya se lo icía yo: «¡Deja a la Lucía, que esas mozas tan majetonas traen más duelos que un pedrisco!»... En cambio, miste mi ejemplo: yo me casé con la Crisanta y tóos me chuflaban de fea que era. Y fea sí que es; pero me

ha hecho el avío. ¡Mejor que otras! Trebaja que se las pela; gasta el dinero con cedazo y me quiere que brama como una corza en cuanto me ve. ¿Que es chata?... ¡Güeno!... De día, con el trajín del molino, llena de harina de pies a cabeza, pos apenas se le nota la chatura; y de noche... pos ya sabe usté lo que alumbra un candil, y pa lo poco que se ve, ¡qué más dan las narices! Y ahí lo tié usté. ¡Güena moza no tengo; güena mujer, sí!

TÍO SILDO.—¡Tiés razón!

CIEMPORROS.—Siempre lo pensé. Las mujeres hermosas y las armas de fuego, pa los amigos. Si las necesito se las empresto; y de dispararse, que se le disparen a otro.

TÍO SILDO.—¡Mucho..., mucho que sí! ¡Si Andrés hubiá hecho lo mesmo!

ESCENA III

DICHOS y CANIJAS, por la izquierda.

CANIJAS.—*(Dentro.)* ¡Ciemporros! *(Llamando.)* ¡Ciemporros!

CIEMPORROS.—¿Quién llama? *(Va a mirar.)*

TÍO SILDO.—Paece que conozco la voz.

CIEMPORROS.—*(Admirado.)* ¡Anda!... ¡Si es Canijas! ¿A qué me llamará ése, si no me saludaba dende que me casé con la Crisanta?

TÍO SILDO.—De cierto. Algo grave tié que ser.

CANIJAS.—*(Más cerca.)* ¡Ciemporros!

CIEMPORROS.—*(Contestando.)* ¡Acá! *(Se levanta Tío Sildo.)*

CANIJAS.—*(Saliendo agitado y temblorcso y rendido.)* ¡Dios, qué ahogo!... ¡Daime agua!...

CIEMPORROS.—¿Qué te pasa?

TÍO SILDO.—¿Tú po aquí?

CANIJAS.—¡Dejaime alentar!

CIEMPORROS.—¿Qué te sucede?

CANIJAS.—¿Te chocará que yo venga?

CIEMPORROS.—¡Hombre, no tien que ver unas cosas pa otras!

CANIJAS.—¡Pos no te choque... no te choque..., que se van ustés a atontolinar de que les diga lo que es!

TÍO SILDO.—¿Pasa algo?

CANIJAS.—¡Más que algo!

CIEMPORROS.—¿Grave?

CANIJAS.—¡Gravísimo!

CIEMPORROS.—¡Habla, hombre!

CANIJAS.—He volao pa venir. Hay que remediarlo u sucede una esgracia gorda...

TÍO SILDO.—¡Habla, repeine!

CANIJAS.—Que vengo e la ceudá...

TÍO SILDO.—¿Y qué?

CANIJAS.—¡Pos que esta mañana, esta mañana he visto en ella a Andrés!...

TÍO SILDO.—¡Jesús!... *(Asombradísimo.)*

CIEMPORROS.—¿A Andrés?... ¿Qué dices? *(Estupefacto.)*

CANIJAS.—¡Que le he visto!

TÍO SILDO.—¡No pué ser, zagal!

CANIJAS.—¡Como que he hablao con él!

CIEMPORROS.—¿Tú?... ¿Con Andrés?

TÍO SILDO.—¡Si le faltaban unos meses pa cumplir!

CANIJAS.—¡Se los perdonaron en endulto!... ¡Y cómo está!... ¡Dios!...

CIEMPORROS.—¿Cómo?...

CANIJAS.—¡No es el mesmo!... ¡No le conocerían! ¡Amarillo, enjuto! ¡Su mirar no es aquel mirar alegre! ¡Lleva el dolor en la cara!

TÍO SILDO.—¿Y qué te dijo?

CANIJAS.—De que le vide, me dió una cosa que fuí y le abracé y no podía hablarle... y él tampoco a mí. ¡Me apretujó y se le caía un lagrimón tamaño! «¡Estás libre!», le dije al remate. «¡Libre!», me dijo él. «¡Esta ya la cumplí, Canijas, pero mañana me voy al pueblo...; después... volveré al presidio!... ¡Cállate, por lo que más quieras, y no digas que m'has visto!...» Y no

habló más... Marchóse. ¡Carcúlate las intinciones que trae!

TÍO SILDO.—¡No, no hay que dejarlo!

CIEMPORROS.—¡Bien hiciste en avisarme, Canijas!

CANIJAS.—Sé la ley que le tienes... y dije: yo se lo digo a ése.

TÍO SILDO.—¿Y qué hacemos?

CIEMPORROS.—No perder menuto. Quitale de una nueva perdición. ¡Si allega al pueblo, mata a esa mujer!... ¿Y te dijo que mañana venía?

CANIJAS.—¡Mañana!

CIEMPORROS.—¡Pos hala!... Nosotros a la ceudá esta noche, de posá en posá hasta encontralo. ¿Me acompañas?

CANIJAS.—¡Ande sea!...

CIEMPORROS.—¿Trajiste el caballo?

CANIJAS.—¡Ahí lo dejé atao!

CIEMPORROS.—Amos en él. Usté se lo cuenta tóo a la Crisanta, cuando güelva. *(Va a la puerta del molino y coge el sombrero y la manta.)* ¡Mañana trairé a Andresillo!

TÍO SILDO.—¡Sí!... tráelo!..., ¡tráelo!...

CIEMPORROS.—¡Debajo e la tierra lo busco!...

LOS DOS.—¡Hasta mañana! *(Vanse izquierda.)*

TÍO SILDO.—¡Que Dios vos guíe!... ¡Probe Andrés! *(Mirando al cielo.)* ¡Ya se hizo de noche!... ¡Y ésta es la noche de Reyes!... ¡Noche d'alegría!... ¡Mala pa los tristes!... ¡Escomienza a nevar!... ¡Probe Andrés!... ¡Probe Andrés! *(Entra en el molino y cierra. Ha oscurecido. Sigue nevando.)*

Música.

ESCENA IV

Empieza la orquesta a recordar la canción de la guitarra del cuadro primero. Sale ANDRÉS sigilosamente, embozado en su manta, por la derecha. Se acerca al molino, se detiene en la puerta, escucha un momento, se separa y vuelve a acercarse, dudando entre si llamar o no. Por fin se aleja rápidamente, desapareciendo por donde vino. Sigue la orquesta.

MUTACIÓN

CUADRO CUARTO

Afueras de un pueblo. Desde el centro del foro hasta los primeros términos de la izquierda, una hilera de casas pobres y mal alineadas forman una calle, que bordea una carretera. La casa del primer término, algo mejor que las demás, tiene dos fachadas. En la que da frente a la escena habrá una puerta practicable, a la que dan acceso dos escaloncillos de piedra, y en la que da al público, una ventana de ancho alféizar, cerrada con vidrieras y colocada a metro y medio de altura del suelo. A la derecha del escenario empieza el campo, y en el mismo lado y hacia el foro terminan las veredas (una practicable) de un cerro peñascoso. Es de noche. Una noche fría y oscura. Cae la nieve cernida e insistente, que ha blanqueado el paisaje.

ESCENA PRIMERA

Un LEÑADOR y una VIEJA. MOZOS y MOZAS, dentro. Al hacerse la mutación sobre un nocturno pianísimo aparece

la escena desierta y silenciosa bajo su capa de nieve. A poco, se oye lejano, muy lejano, el sonar de panderas y zambombas y voces alegres que entonan un villancico.

Música.

MOZAS Y MOZOS.—*(Dentro, cantando.)*

Ya llegan los Reyes
por el encinar;
Melchor va delante,
después va Gaspar,
y detrás de todos
viene Baltasar.
Hacia el portal de Belén
los Reyes Magos caminan;
la nieve borra las sendas,
la estrella sirve de guía.

(El Leñador, seguido de la Vieja, que cubre su cabeza con la saya, bajan por la vereda del cerro. El Leñador, al bajar, descarga el haz, fatigoso y cansado, y se sacude la nieve. La Vieja trae un corderillo en brazos.)

Hablado.

LEÑADOR.—¡Va una nochecita e Reyes!

VIEJA.—¡Condenada está!

LEÑADOR.—¡Y Mateo en el hato! ¡Mala peste, si no le hace el lobo una avería esta noche!

VIEJA.—¡U se hela la creatura, que es lo pior!

LEÑADOR.—¡Pa ello está el temporal!

VIEJA.—¡Carga otra vez y amos, que falta poco!

LEÑADOR.—¡Y de verdá que estoy arrecío! *(Vuelve a cargar con la leña y desaparecen por el foro izquierda.)*

ESCENA II

TÍA CELIPA y LUCÍA. Vienen arrebujadas en sus mantones calle abajo. TÍA CELIPA lleva en la mano un farolillo encendido. LUCÍA trae en sus brazos, abrigándole con su mantón, a su hijo, un niño de cuatro o cinco años.

TÍA CELIPA.—¿Y el niño?

LUCÍA.—*(Mirándole.)* Viene dormido.

TÍA CELIPA.—Pero, ¿cómo lo sacaste con esta noche, mujer?

LUCÍA.—Por no dejarlo solo. Fuí a cenar en ca mi padre, por ver si allí tenían noticia de Sabino.

TÍA CELIPA.—¿Y qué?

LUCÍA.—Ni barrunto siquiera. Andará por ahí, como siempre, gastándose en jaranas el dinero e sus tratos, y mientras ni un menuto le queda pa preguntar una mala vez qué es de su hijo y de mí, qué es de nosotros, ¡abandonaos en esta tristeza y en esta soledad!

TÍA CELIPA.—¡Pacencia, mujer!

LUCÍA.—¡Ay, si no fuera por este ángel!

TÍA CELIPA.—Mal hombre lograste. ¡Pero al cabo a naide pues culpar!

LUCÍA.—¡A mi estrella mala!

TÍA CELIPA.—A la juventú loca, que es como el agua del torrentón, que por ir ande quiere tóo lo salta. En cambio, el otro bien de cariño te tenía!... ¡Pobre Andrés!

LUCÍA.—Tía Celipa, mis trebajos y mis penas déjemelos usté pa mí sola, que harto tiempo me quea pa llorarlos.

TÍA CELIPA.—Bien dices, hija. Trae la llave y abriré, que tú no acertarás con el chico.

LUCÍA.—¡Tome usté! *(Le da la llave. Tía Celipa abre la puerta de la casa primera.)* ¡Y gracias por acompañame!

TÍA CELIPA.—¡Quita, mujer! ¿Te iba a dejar venir sola en esta escuridá de noche?... A descansar, hija. Trae que le bese. *(Besa al niño.)* ¡Probe angelico!

LUCÍA. ¡Hasta mañana, tía Celipa! *(Entra en la casa y cierra. La Tía Celipa se va por la izquierda de la calle, segundo término.)*

ESCENA III

MOZOS y MOZAS, que cantan dentro; luego, LUCÍA y el NIÑO, en la ventana.

Música.

MOZOS Y MOZAS.

Hacia el portal de Belén
los Reyes Magos caminan;
la nieve borra las sendas,
pero la estrella los guía.

Hablado.

LUCÍA.—*(Asomándose a la ventana con el niño.)* Sí, hijo mío, es que van toos cantando a esperar a los Reyes; ¿oyes?... ¡Vaya si vienen; ya estarán allegando! ¡Y un angelico les va diciendo ande viven los niños buenos pa que le llenen los zapaticos de golosinas y cosas ricas!... ¡Mira, aquí vamos a dejar los tuyos!... *(Deja unos zapatitos en el alféizar.)* Y ahora, a dormir, que el lobo aúlla en el barranco, ¿oyes?... ¡A dormir, vida mía! ¡A cerrar y a dormir!... *(Cierra la ventana.)*

ESCENA IV

ANDRÉS. Sale por el último término derecha, embozado en su manta, con paso receloso. Al salir mira a todos lados y se detiene ante la casa de Lucía.

ANDRÉS.—¡Esta!... ¡Esta es la casa! ¡Aquí vivía él; aquí viven los dos!... ¡A ojos ciegos hu-

biá llegao! Y es que muchas, muchas noches, en la oscuridá de mi calabozo, he visto este camino alumbrao por llamarás de calentura... Pa esto sólo, pa llegar hasta aquí quería la libertá... ¿Pa qué si no?... ¡Ya la tengo y ya he venío! ¡Ya estamos cerca, Lucía! *(Pausa.)* ¡Sí, al remate ha llegao mi hora! ¡La hora que aguardé contando los menutos uno a uno, en días que no acababan nunca de largos y de tristes! Saldré—decía yo—, y en cuanto salga, ¡allí... sin torcerme ni desviarme, allí! ¡A matarla! ¡A matarla donde la encuentre! ¡Aunque sea en sus brazos!... ¡En sus brazos! ¡Ojalá! *(Con profunda amargura.)* ¡En sus brazos!... ¡La rabia y el dolor me ahogan!... ¡Y a mí mesmo me destrozaría en estas ansias de muerte que me consumen cuando pienso que no es la venganza la que me trae aquí! ¡No, Andrés, no vale engañarse!... ¡No es la venganza! *(Pausa.)* Ni mi pobre guitarra, rota como mi vida antes de su primera canción; ni mi triste casucha, desmoroná y sola como la encuentro; ni mi madre, muerta cómo la lloro, ni mi juventud sin alegría, quizás que no me moviera contra ti... ¡No es la venganza, no! ¡Es el querer! ¡Este querer maldito que aún vive en mí, aún vive en mí, y que quiere tu vida, no porque no eres mía, sino pa que no seas suya! *(Pausa. Con ira reconcentrada, y luego con furia creciente, va exaltándose hasta el desvarío frenético.)* ¡Ella! ¡Mi afán y mi sueño, mi deseo y mi alegría!... ¿Ella pa otro? ¡No!... Pa otro, mientras yo estuviese entre hierros y paredes; ¡ahora estoy libre! ¡Lo juré y voy a cumplirlo! ¡Ella en otros brazos!... ¿Y quizás ahora?... ¡No, ni un menuto más! *(Tentándose la ropa como un loco.)* ¡Mi navaja! ¡Aquí..., pronto..., pronto!... *(Husmeando como una fiera alrededor de la casa, se acerca a la puerta.)* ¡No, por la puerta no! ¡Quizás no pudiera hacerla saltar ni con esta rabia que me ahoga! *(Dobla el ángulo de la casa y se detiene ante la ventana, por cuyos cristales empañados sale la débil claridad de una luz escasa.)* ¡Por aquí, sí; por esta ventana!...

De un golpe romperé los cristales. Entraré como un ladrón... ¡Como ella entró en mi alma!... ¡Arriba!... ¡Pronto, Andrés!... ¡Pronto!... *(Con la navaja abierta en la mano y poniendo el pie en un zócalo de piedra que bordea la pared, hace un esfuerzo y llega hasta el alféizar de la ventana. De pronto da un grito ahogado.)* ¡Ah!... ¡Jesús!... ¡Santo Dios!... ¿Qué es esto? *(Vuelve a mirar.)* ¡Los zapatitos de un niño. *(Retrocede.)* ¡De un niño!... ¡Sí!...

Música.

MOZOS Y MOZAS.—*(Dentro, y muy lejos.)*

Hacia el portal de Belén
los Reyes Magos caminan;
la nieve borra las sendas,
la estrella sirve de guía.

Hablado.

ANDRÉS.—*(Atendiendo.)* ¡Sí!... ¡Esta es la noche, la noche de Reyes!... ¡Los zapatitos de un niño!... ¡De su hijo quizás!... *(Con profunda amargura.)* ¡Su hijo!...

LUCÍA.—*(Cantando dentro, pianísimo.)*

A los niños que duermen
Dios les bendice,
y a las madres que velan
Dios las asiste.
Ea, la nana,
duerme, lucerito
de la mañana.

ANDRÉS.—*(Que, apoyado en la esquina de la casa, oye, con emoción intensa, el cantar de Lucía.)* ¡Ella!... ¡Su voz!... ¡La voz adorada que me hacía temblar de encanto!... ¡Duerme a su hijo!... ¡A un niño!... ¡A un niño que sueña ahora en que a esa ventana han de venir los Reyes a dejar colmada su alegría, como yo lo señé

en noches lejanas al calor de otros brazos perdíos pa siempre! *(Llora, tembloroso y conmovido.)* ¡Sí, madre, sí!... ¡Tú hiciste esto!... ¡Tú, que también velas por mí en esta noche de negrura y desamparo!...

LUCÍA.—*(Cantando dentro.)*

Ea, la nana,
duerme, lucerito
de la mañana.

ANDRÉS.—*(Con profundo desaliento.)* ¡Ay, yo no sé qué angustia y qué desmayo me da esa voz!... ¡Tarde llegaste, Andrés!... ¡No, no puedo matarla!... ¡Por donde un niño espera su alegría no entra la muerte! *(Con resolución y amargura.)* ¡Ea, sí, lejos!... ¡Lejos de aquí!... ¡Adiós, Lucía, adiós pa siempre!... Y tú, pobre creatura, duerme tranquilo, y mañana, cuando despiertes, ríe de gozo al buscar tus zapatitos, porque mira el regalo que te dejan los Reyes... *(Deja la navaja abierta sobre los zapatos.)* ¡La vida de tu madre! *(Vase llorando, con paso incierto, como un loco, sendero arriba.)*

LUCÍA.—*(Dentro. Cantando pianísimo.)*

Pajarito que cantas
en la laguna,
no despiertes al niño
que está en la cuna.
Ea, la nana,
duérmete, lucerito
de la mañana.

(Va cayendo pausadamente el telón.)

FIN DE
«LA NOCHE DE REYES»

La ilustre artista Lucrecia Arana, cuyo mérito, con ser tan grande, no supera a su bondad, se encargó en esta obra, por cariñosa deferencia a los autores, de un papel inferior a sus méritos. Al darle las gracias, los autores quieren hacer constar el hecho, por si pudiera servir de estímulo y ejemplo a todos.

También hacemos extensiva nuestra gratitud al aplaudido actor señor Gandía por otro rasgo semejante.